

E l p á j a r o q u e e r a u n h o m b r e q u e e r a u n p á j a r o

Mi amistad con esta ave que se posó por muy poco tiempo en mis días, me dejó para siempre un sentimiento de frustración culpable.

A mí me ocurre con frecuencia, cuando contemplo a un ser humano, que le descubro parecidos con algún animal; a veces en la configuración del rostro, o en su expresión, o en el juego de sus movimientos al andar. Le vislumbro de pronto un aire de tal o cual criatura zoológica que, más allá de la mera semejanza externa, me hace pensar en un parentesco que viniera desde mucho más hondo.

No me estoy refiriendo a la visión burlesca, satírica, del caricaturista, que desmesura malignamente los posibles rasgos animalados de alguien. Hablo de una presencia zoológica real, no impuesta por mi ojo pérfido. Yo registro a la persona tal cual es; y encontrarle un trasfondo de bicho no me provoca ninguna risa, ni se me ocurre por eso ridiculizarlo.

Estas cercanías zoológicas me sirvieron para corroborar algo que desde hace tiempo sospecho, más allá de cualquier abordaje científico: que hay una continuidad de fondo entre todas las cosas, que corre un mismo hilo conectando todo lo que es; y que si uno camina en cualquier dirección, se encuentra inevitablemente con todo lo otro. Yo soy usted, usted es la nube, la nube es esta silla, todo es todo.

Pero el caso de este hombre del que hablo es diferente. Decir que se parecía a un pájaro, como tantos humanos, sería desfigurar su verdadera naturaleza. Demoré bastante en darme cuenta de que, mucho más que asemejarse a un ave, lo era cabalmente en su fondo verdadero. Por primera vez en mi vida me encontraba en presencia de un pájaro instalado dentro de una estructura corporal y psicológica de hombre.

El encuentro con este pájaro tuvo lugar en Cuernavaca, ciudad donde viví los cinco años de mi permanencia en México. Anclé todo ese tiempo en un hotel venturoso, una construcción de fines del siglo pasado, enclavada en la esquina más sangrienta que pude conocer jamás, ya que era la intersección de dos calles sobrecogedoras: Matamoros y Degollado; nombres, sin embargo, de dos inofensivos próceres mexicanos de relativa cuantía: Mariano Matamoros y Santos Degollado, reunidos en esa esquina por un chiste casual de la toponimia.

En aquel hotel de incierta reminiscencia colonial, que no debía figurar ni con una sola estrella en la categorización turística, llegué a sentirme en contacto con la humanidad entera; porque allí recalaban gentes de las más variadas especies e inverosímiles procedencias; todos turistas a pulmón, a brazo partido, ya que jamás podría detenerse allí un millonario o ni siquiera un ricachón de segunda. Registré pintores varios, periodistas unos cuantos, un físico atómico en desuso, músicos errabundos, médicos en declive, algún malandrín que otro, malabaristas callejeros (dos), astrólogos profesionales (tres), espías con todas las de la ley (dicen que varios), sin contar alcohólicos innumerables, fracasados que iban por el mundo llevando en alto la dignidad de su condición, paranoicos corriendo detrás de algún delirio. En suma: la humanidad completa, resumida en dos pisos y treinta habitaciones; y además circulando a velocidad de vértigo, porque los más contaban sólo con recursos para quedarse un par de días y luego seguir viaje hacia la nada. El único que no se movía de allí era yo, cimentado al piso como uno de aquellos arcos coloniales que sostenían la finca algo cascarrieta y con una inocultable vocación de derrumbe a no largo plazo.

En medio de esa humanidad nómada, me llamó la atención un personaje que llegó al hotel los cinco años que estuve, pero que se quedaba sólo un mes entero, y luego reemprendía el vuelo. Parecía hacer una migración anual, como las aves. Y justamente: a poco de tomar nota de su presencia periódica, le descubrí su parecido inequívoco con un pájaro. Un cuerpo flaquísimo, piernas muy largas, como de zancudo; unos ojitos alertas y vivaces, de bicho que va cuidándose. Caminaba muy ligerito, como si a cada momento fuera a levantar vuelo. Talmente se diría que iba precaviéndose de un ataque desde el flanco más inesperado.

Jamás lo vi hablar con nadie en el hotel. Me saludaba apenas, al pasar. Yo no alcanzaba a darme cuenta si era meramente hosco, insociable, o si tenía alguna razón más profunda que lo alejaba de los seres humanos. Demoré en darme cuenta de que para un pájaro, nada debe haber más riesgoso y temible que comunicarse con el hombre.

En aquel hotel había a la entrada un patio abierto al maravilloso sol de Cuernavaca, que se volcaba a raudales cada día. Crecían allí plantas enormes, porque en Cuernavaca la vegetación se adueña de todos los espacios. Y entreverados entre tamañas plantas había unos jaulones con algunas aves encerradas. En uno vivía un pato común; en otro, unas codornices o algo así, no más de tres o cuatro.

Un día comprobé, no sin asombro, que aquellos animalitos se alborotaban y empezaban a batir alocadamente las alas y a graznar en coro, cada vez que el hombre flaco se acercaba a sus jaulas. Se quedaba un ratito acompañando a las aves, parecía conversar en voz baja con ellas, o las observaba con seriedad por unos minutos, y después seguía su camino.

No dudo de que hasta el último etólogo aficionado encontrará una explicación más que obvia para el alboroto de las aves en su jaulón; y es que este señor volvía al rato trayendo unos paquetitos en la mano con no sé qué raciones con las que alimentaba a sus amigas. Sí, señor etólogo, usted tiene toda la razón. Era como un reflejo de Pávlov: no bien las aves veían aparecer aquella figura flaca y amistosa, se producía en ellas la asociación alborozada con comida inminente. Mire qué fácil.

Pero yo, que de etólogo no tengo nada, creí descubrir otra razón más grave, no fácil de explicar: diría que una hermandad o una identidad demasiado de fondo para ser entendida a la primera observación. Allí fue que empecé a sospechar que aquel hombre parecido a un pájaro, quizás fuera un pájaro parecido a un hombre.

En mis primeros tres años en el hotel, no intercambié una sola palabra con este pasajero anual. Apenas un saludo, al cruzarnos: cuac-cuac. Pero al cuarto año, justo el último día de su permanencia, quedamos por pura casualidad muy cerca uno del otro, junto a la Recepción. El ya estaba pagando su alojamiento, pronto para alejarse hasta el año que viene. Me llamó entonces la atención su equipaje: una maleta diminuta, que parecía más un maletín de médico o de carpintero. Seguramente él me leyó el pensamiento, porque, por primera vez, me sonrió apenas y, mostrándome en alto el maletín inconcebible, me dijo en pésimo español: "¿Ve usted? Esto es todo lo que tengo en el mundo. Aquí llevo todos mis bienes". Hizo un brevisimo ademán de saludo y se marchó, dando fin a su temporada anual.

Me quedé muy intrigado ante aquellas palabras, que fueron dichas sin nada de resentimiento ni amargura. Al contrario: me pareció que había orgullo en la manera de proclamar aquel hombre su indigencia. "Es insólito", pensé. "En este mundo donde todos alardean y tratan de demostrar en las primeras de cambio que son poco menos que potentados, este señor hace todo lo contrario: me hace ver sin ningún pudor que no tiene nada, y casi lo considera un valor

a resaltar. ¿Qué encierra este hombre dentro de su apariencia de pájaro?"

Me hice la promesa de que si el viajero volvía al hotel al año siguiente, no lo dejaría escapar y lo indagaría a fondo.

Por suerte al año exacto regresó, en el mes acostumbrado. Y pude descubrir en este personaje migratorio algunos rasgos desoladores; quizás habría que decir desgarrantes.

Les paso una información a los zoólogos y a los etólogos: las aves tienen memoria; una excelente memoria de largo alcance.

El día en que el pájaro humano volvió al hotel, transcurrido un año justo, yo estaba tomando, como acostumbraba, el soberbio sol cuernavaquense entre la vegetación del patio; y de pronto veo que el pato en su jaula y las codornices en las suyas, empiezan a agitarse, a batir sus alas y a graznar al unísono. Sorprendido por el estruendo, veo entrar con toda su flacura al pasajero anual, trayendo en la mano el mismo maletín del año pasado. Los pájaros -se ve- no se habían olvidado, después de un año, de la comida diaria que su amigo les traía con toda puntualidad (dirán los etólogos); o del parentesco cercano que los unía (diré yo): primos hermanos, tíos o sobrinos, cuñados, vaya uno a saber.

No me costó nada, esta vez, trabar contacto con el pájaro-hombre, según me lo había propuesto. Nos reencontramos cordialmente, y a lo largo del mes de su permanencia, tuvimos ocasión de sentarnos a charlar en varias ocasiones. Pero no era nada fácil: su español era más que rudimentario; aunque no tanto como mi inglés. No obstante, unas cuantas cosas pude averiguarle de su vida y milagros. Era canadiense. Vivía en la ciudad de Vancouver. De profesión ingeniero, trabajaba como técnico en una empresa. Estaba ya muy próximo a jubilarse. Era solterón, y solterón militante. Sólo le quedaba un hermano, mellizo de él, pero vivía en Londres, hacía años que no sabían nada uno del otro, y jamás se habían querido. Ningún otro pariente tenía en el mundo. Tampoco cultivaba, ni quería cultivar amistad con nadie.

Me corrió un frío por la espalda pensando en la vida desértica de este hombre, encastillado en una empecinada soledad. ¿Cómo se puede vivir en semejante aislamiento de afectos; cómo aquella mente pudo conservar alguna forma de equilibrio en medio de semejante baldío?

Me contó que volvía cada año a México porque un día le habían hablado maravillas del país, y en efecto sus encantos lo atraparon. En uno de sus primeros viajes llegó a Cuernavaca -a una hora tan sólo de la Capital- y por pura casualidad recaló en este hotel. Y tal como me pasó a mí, se enamoró de Cuernavaca y del hotel, de modo que resolvió regresar todos los años a pasar sus vacaciones en ese lugar, como efectivamente hacía desde bastante tiempo atrás.

Un día, en una de nuestras arduas conversaciones a causa del idioma, me llevé una sorpresa. Aquel ingeniero tan yermo de afectos era al menos un fervoroso lector; sólo que de dos únicas lecturas a las que volvía siempre: las obras de Shakespeare y la Biblia. ¡No era poca cosa! Y pronto comprobé que no eran lecturas a la ligera: se conocía los dos Testamentos y los dramas de Shakespeare al revés y al derecho. Y hasta me recitó sin vacilar pasajes shakespearianos enteros, y algunos de sus sonetos memorables.

Noté que al hablar de estas dos pasiones suyas, ponía en la palabra un inesperado fervor (iba a decir, dada su apariencia: levantaba vuelo). "Menos mal, me dije; en medio de ese erial en el que vive, hay algo que lo sostiene, que lo mantiene conectado con lo mejor de lo humano". Pronto podría comprobar que estaba aún muy lejos de la verdad.

No puedo evocar sin estremecerme aquella tarde. No me acuerdo de qué veníamos

hablando, cuando de pronto mi amigo me clavó sus ojitos terribles de pájaro y me dijo con un ramalazo de furia casi desvariante: "¿Pero usted no se da cuenta de que el hombre es una equivocación horrorosa?". Me sostuvo con fuerza la mirada, esperando, tal vez, mi asentimiento, y agregó con un acento casi febril: "La naturaleza no podía estar en sus cabales el día que fabricó al hombre". (Dijo "naturaleza"; no dijo "Dios".)

Ciertamente, no fue el concepto lo que me impresionó. Después de todo no es una idea demasiado novedosa, y ha aparecido en más de una ocasión a lo largo de la historia de la desolación humana. Lo que no olvido es la expresión con que pronunció aquellas palabras terribles, el tono de su voz, indignado y desesperado a la vez. Y lo peor de todo: la firmeza maniática, el fanatismo casi enfermo que puso en su afirmación. Era fácil entender que allí se resumía íntegra su experiencia de vida; que esa conclusión atroz expresaba el centro llagado de su ser.

Recuerdo que discutimos largamente, vanamente, sobre el tema. Yo me sentí inerme. Me daba cuenta de que estaba desprovisto de los elementos persuasivos que habrían hecho falta para arrancarlo de semejante encierro: ¿qué argumentos, qué elocuencia se habría necesitado para devolverle a aquel ser aterrado su fe en el hombre?

Traté, no obstante, desde mi precariedad, de mostrarle su error, de hacerle ver los costados rescatables que validan a pesar de todo al ser humano. Para peor, me daba cuenta de la urgencia de aquel trabajo de restauración que me había tocado: un ser tan descreído -me decía-, tan horrorizado, tenía que hallarse al borde de la resistencia psíquica. (¡Qué ingenuo era yo todavía!).

Pronto advertí que todo lo que pudiera decirle -y peleando a brazo partido con el idioma- era infructuoso, casi grotesco, pues se estrellaría y se estrellará siempre contra el muro de aquel descreimiento. ¡Pero qué digo "descreimiento"! Aquello era "creimiento", y creimiento fenomenal: mi amigo creía de pies a cabeza en el horror de lo humano.

Me envolvió entonces un sentimiento de piedad, una ternura inútil ante el desvalimiento de aquel desdichado. Y a la vez me atormentaba un insoportable sentimiento de culpa ante mi propia torpeza. ¿Por qué las circunstancias me pusieron, tan luego a mí, tan desasistido de lo necesario, en aquel trance en el que estaba en juego la salvación de un ser humano?

Tal vez para aliviar ese remordimiento, me vino una idea a la que traté de asirme. Me dije: ese odio hacia lo humano -porque sin duda eran odio y horror juntos- no puede salir de un alma de hombre. Parece estar como más allá de sus fronteras. Y recordé entonces las piernas larguísimas del canadiense, como de cigüeña o zancudo, sus ojitos alertas, sus pasos asustadizos, su afinidad con el pato y las codornices enjaulados. Y entonces me aferré a esta conclusión: "Ese odio al hombre no es odio de hombre; es un odio que viene de más lejos, de más hondo: es odio de animal, es odio de pájaro. Es el terror del animal ante el peligrosísimo hombre, el pánico del pájaro perseguido por el cazador."

Así fue cómo me di cuenta -o quise darme cuenta- de que aquel ingeniero canadiense no era tal; que era en realidad un ave con forma de hombre parecido a un pájaro. Por eso yo no podría disuadirlo jamás de lo que él sabía con su carne de ave y su instinto de ave: ¡no hay argumento humano contra el terror de un pájaro!

No era que hubiera fracasado yo, me repetía para tranquilizarme. Ni era que habláramos idiomas mutuamente incomprensibles: es que hablábamos dos especies, dos reinos, dos costumbres enemigas.

El mes de vacaciones del pájaro canadiense ya iba terminando. Pudimos todavía conversar algunas veces más. Sin duda fueron imaginaciones mías, pero algo me pareció entrever en los

últimos encuentros; como si en sus ojitos se asomara de tanto en tanto un resplandor de calidez, que hasta entonces no le había visto nunca. Pronto deseché aquella impresión, tan lejos de todo fundamento. Sin duda eran defensas ilusas levantadas allí por mi insoportable sentimiento de culpa.

Pero la esperanza es porfiada: ¿no sería, tal vez, que al comprobar mi genuina cercanía, mis voces de amistad, se había entreabierto una hendidura esperanzada en aquel pavoroso océano de negación? No pude menos que reírme de las trampas de mi candor.

Nos despedimos cerca de la Recepción del hotel. Cuando llegó el momento de separarnos hasta el año siguiente, se acercó a mí con lo que me pareció de nuevo un vislumbre de calidez. Me estrechó la mano con su alerón derecho, mientras que con el izquierdo sostenía su maletín inverosímil de siempre.

"Seguiremos conversando el año que viene", llegó a decirme con un esbozo de sonrisa en su pico. Y yo creí entender que me estaba anunciando: "A lo mejor llegamos a hacernos amigos". Cuando menos, sus ojitos me parecieron menos aterrados que de costumbre. Yo también le estreché la mano tratando de decirle: "Sí, claro que nos haremos amigos. Usted, por primera vez, no se sentirá solo".

El pájaro se apartó de mí y se fue a despedir de sus congéneres. Lo vi quedarse unos largos momentos junto a las jaulas. ¿Qué se habrán dicho en su idioma común? Hizo con su mano una especie de caricia final en los tejidos de alambre, y luego salió con sus grandes zancadas del hotel. Supongo que llegó hasta el medio de la calle, y allí levantó vuelo con rumbo a Vancouver.

Les digo a los etólogos, por si les sirve, que las aves conocen la tristeza de las despedidas: vi posarse esa tristeza en la expresión del pato y de las codornices, que acababan de quedarse de nuevo sin su pariente.

Lo que no me atreví a decirle a mi amigo el pájaro en el momento de nuestra despedida, fue algo que ya sabía perfectamente entonces: que dos semanas después de su partida, yo me volvía para siempre a Montevideo. Nunca más supe de él.